

ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII

←BARCELONA 16 DE JULIO DE 1888→

NÚM. 342

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

TEXTO.—*Nuestros grabados.*—*Exposición Universal de Barcelona*, por don J. Yxart. — *En el Palacio de la Industria*, por don M. A. La *verdad y la mentira* (continuación), por don Carlos Coello.

GRABADOS.—*Sección japonesa.*—*La tocadora de guitarra*, dibujo de Contell. — *Exterior de la sección del Uruguay.*—*Interior de la sección del Uruguay.*—*Vendedor de leche en Cornwallis*, dibujo de María Stokes. — *Pabellón de honor en la instalación de la República del Uruguay.*—*Interior de la sección del Uruguay.*—*El Monumento á María Teresa*, inaugurado en Viena el 13 de mayo último. — *La vanguardia*, cuadro de Dall'Oca.

NUESTROS GRABADOS

EN EL PALACIO DE LA INDUSTRIA

(Véase el artículo de este título)

VENDEDOR DE LECHE EN CORNWALLIS

dibujo de María Stokes

Se distingue este dibujo por la firmeza de su ejecución. La artista conoce perfectamente el tipo que reproduce y lo dibuja sin titubear, tal como es, fuerte, vigoroso, exuberante de vida, pregonando á voz

en grito el artículo de su modesto comercio. Podrá éste ser más ó menos lucrativo, pero á juzgar por la muestra, más de algún opulento miembro de la Alta Cámara daría buena parte de su fortuna por que sus enclenques vástagos se pareciesen en algo á ese humilde vendedor de leche.

LA TOCADORA DE GUITARRA

dibujo de Contell

La guitarra se rehabilita. Ciertamente no se explica la proscripción á que se la tenía relegada.

Después de todo es la perfección de aquel instrumento que pulsó Orfeo y con el cual acompañaron sus gestas los trovadores de la Edad media.

Un instrumento de tan ilustre estirpe no merecía estar vinculado en las remojadas manos de los rapistas de última estofa.

La guitarra penetra de nuevo en los salones: el arte musical la vuelve á tomar en cuenta; las señoritas ya no la desdennan, en lo cual obran cuerdamente: no hay instrumento que permita adoptar una postura más elegante. La mujer sentada al piano es una especie de *fantoche* de mecánica rudimentaria.

Contell dice por medio del dibujo, en abono de nuestra opinión, más que cabe demostrar en veinte cuartillas de argumentos. Ver y creer.

Con unos cuantos dibujos como ese todas las muchachas bonitas, ó presumidas de tales, querrán respuntar siquiera la guitarra, á fin de ser retratadas en tan elegante actitud.

EL MONUMENTO Á MARÍA TERESA Inaugurado en Viena el 13 de mayo último

En el número 313 de la ILUSTRACION ARTISTICA describimos y reprodujimos interesantes detalles del monumento que el imperio austriaco ha dedicado á honrar la memoria, no sólo de la gran emperatriz, sino de los hombres más ilustres de su corte. El autor ha simbolizado más que una simple personalidad; una época entera, verdaderamente gloriosa.

Hoy publicamos la vista general del monumento, cuya impresión es grandiosa. Conjunto y detalles están concebidos con notable aliento. No de otro modo hubiera llamado la atención en una ciudad que en el orden monumental moderno es sin disputa la primera del mundo.

LA VANGUARDIA, cuadro de Dall'Oca

Es singular el título de este cuadro. De vanguardia lo califica el autor y sin duda se ha propuesto que lo sea del ejército de la miseria. El pobre muchacho, apenas despunta el día, recorre las desiertas calles de Venecia, esa ciudad tan rica y poderosa en otro tiempo y que hoy parece el inmenso sepulcro de sus antiguas glorias. Es un lienzo que inspira cierta tristeza, la tristeza que, dígame lo que se quiera, asalta á todo el que penetra en Venecia al amanecer. A cualquiera se le figura que ese infeliz muchacho es el único sobreviviente de una gran catástrofe y que su miseria no ha de encontrar quién la socorra. La composición es sentida, el lugar bien escogido y la entonación sumamente simpática.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA.— EN EL PALACIO DE LA INDUSTRIA



SECCION JAPONESA (De fotografía de los Sres. Audouard y C.^{as}, concesionarios exclusivos)

EXPOSICION UNIVERSAL DE BARCELONA

SALÓN DE BELLAS ARTES

II

La primera sala de la sección española, podría llamarse la de los muchachos desnudos. Sea por casualidad ó de intento, en los dos primeros cuadros que por su tamaño llaman la atención, figuran algunos adolescentes bastante grandecitos sin vestidura ni arreo de ningún género. Los unos son pilluelos que se bañan; los otros, honderos baleares que se adiestran en el manejo de la honda. De aquéllos, nada disculpa su desnudez como no sean sus actuales ejercicios de natación, á la vista de gentes que, en verdad, por su sexo y otras circunstancias no son las que más debieran entretenerse en presenciársela. Como en esto del desnudo en arte hay sus convenciones, la vulgaridad de aquellos personajes no contribuye á que las tales desnudeces sean muy artísticas. A los honderos, en cambio, les sirve como de velo invisible lo clásico de sus actitudes y su procedencia lejana. Son de otra época muy anterior á la nuestra y pueden andar como gusten. Nadie explicará de modo satisfactorio el por qué de semejante permiso, pero que lo otorgamos todos sin reparo, es muy cierto, aunque como en esta ocasión tampoco sea muy notable la pintura.

Otros dos cuadros principales destacan en la sala. Es el primero un episodio de la guerra de la independencia sin duda (porque debemos decir una vez por todas, que no tenemos catálogo que nos guíe, y aun ignoramos los nombres de los autores de algunos lienzos). Junto á una ventana abierta, un viejo sentado acecha al enemigo, y una muchacha de pie está cargando un fusil, dispuesta á alguna heroicidad. La pintura es de las que por flamantes y limpias no causan la menor emoción. No se compagina aquella aseada vistosidad del conjunto con el acto de hostilizar á un invasor, desesperada y atropelladamente. Uno de mis amigos fijaba la vista en el cuadro con curiosidad, y decía que bastaba para juzgarlo, esa impresión de limpieza y compostura de cierto estilo, las cuales vienen á ser en el manejo del color lo que la corrección y la pulcritud en la obra literaria: la corrección que excluye la fogosidad y la vida, la pulcritud que no tuvo nunca la naturaleza y que nunca le han consentido ni la luz, ni el ambiente, ni la exuberancia de su fuerza creadora. Esta impresión ingrata y contraria á todo arte, es la que produce igualmente el otro cuadro: *¡Cuántos Deus hi há!* bien pintado, particularmente la cabeza del fraile, bien dibujado, bella la moza, pero... todo nuevo, como si alguien se hubiera encargado de cepillar los vestidos de aquella gente y de barrer la habitación. El autor, muy hábil en el paisaje, artista que siente y poetiza el natural sin ningún esfuerzo, se desvía á mi ver por camino que no es el suyo, tras esa pintura que llaman seria y castiza, y que tan fácilmente degenera en amanerada y exangüe. El *San Francisco*, vigoroso y robustamente sentido y pintado, es superior al buen fraile de cabeza luciente y nívea barba.

Otro cuadro hay de regulares dimensiones, *Jesús sobre las aguas*, de Meifren: el horizonte infinito (una línea recta), una ola colosal y verdosa, falta de transparencia, y una línea vertical, la figura del Cristo resaltando sobre los nubarrones de último término: la impresión es grandiosa y potente.

Después de éste se van los ojos hacia los cuadros menores en tamaño, no porque el tamaño arguya inferioridad, sino porque así le ocurre al observador sin darse cuenta de ello, en una Exposición de pinturas: mira antes lo que más ve y acude luego á buscar algo entre lo que se ve menos. En esta sala encuentra un delicioso paisaje de Galvey, primavera y jugoso como todos los suyos; un estudio de Rusiñol con aquella exactitud prosaica de luces y de tonos, y aquella vulgaridad del lugar, en la que parece despuntar una intención zumbona; algún otro que no recordamos en este instante, y luego la serie de casacones ¡aun los hay! y de procesiones de pueblo ¡las hay también! que forman como el fondo obligado en nuestras salas de pinturas.

No podíamos detenernos más en esta; nos atraían de lejos, como brillantes promesas, los grandes lienzos de la siguiente, la más capaz de la sección y donde hallaron aquéllos sitio acomodado. Helos aquí: *Nerón examinando el cadáver de su madre*; — *La capitulación de Gerona*, otra vez expuesto y hartamente conocido, y cuya impresión total con aquella luz y en tal sitio, es inferior á la que nos causó la primera vez; quédanle la grandeza poética de la composición y la belleza del cielo, y resaltan sus inexperiencias de ejecución en las figuras; — *Jesús y la mujer adúltera*, que, con estar como quien dice á la cabecera en excelente lugar, todavía le falta distancia al espectador, por más que se retire, para abarcar toda su perspectiva, todo su animado conjunto, aquellos grupos de figuras valientes y bien dibujadas, y para gozar de una impresión total sumamente favorable al autor, si cierta tonalidad negruzca no la deslustrase en parte; — *El cadáver de Alvarez ante el pueblo de Figueras*; que revela en algún trozo un pintor, pero sólo en algún trozo: el del cadáver; — *Los Amantes de Teruel*, magistralmente pintado, en particular en todo el ángulo de la izquierda y en el fondo, pero no dibujado á la misma altura ni de mucho, al punto que una vez visto el cuadro, no se atribuyen ya á la reproducción en cromo ciertas imperfecciones de detalle; y por fin, la última escena del *Hamlet*, teatral, como escena dramática que es, y como pintura fastuosa y demasiado brillante. ¡Cuántas obras de primera magnitud, por los esfuerzos, por el estudio, por el alien-

to y constancia que requiere concebirlas y ejecutarlas sin desfallecer un punto en la tarea! ¡Qué variedad de asuntos y de emociones para los aficionados al género! Y sin embargo, ¿corresponden tantos alientos al positivo resultado obtenido por los artistas? Talento y alma suponen tales cuadros; es innegable; fragmentos y cualidades de primer orden, los hay en casi todos ellos; pero... ¿lo diremos?... lejos de causarnos una verdadera emoción estética, nos dejan fríos, y lejos de hallarlos á la altura de su reputación, nos desencantan en uno ú otro concepto. Discutiendo acerca de esto, buscando la explicación de este efecto singular, me parecía ver en aquellas obras las mismas condiciones esenciales del arte dramático español, manifestadas en otra forma, la forma plástica. La coincidencia de que alguna de ellas fuera realmente la escena de un drama, ó recordase el argumento de otro, contribuía sin duda á que aproximara ambos términos. Hay en aquella pintura virilidad y brillantez; virilidad hasta la violencia, y brillantez hasta la nota llamativa, exactamente como en las pasiones y en los versos del teatro romántico, pero falta, en cambio, sinceridad, espontaneidad: el autor ni cree en lo que pinta, ni lo siente; falta naturalidad en la composición y en los grupos; falta esa emoción íntima, ese fuego interno, único que, latente en la obra, se trasmite á quien la contempla. El *Jesús de la mujer adúltera* parece que realmente va á cantar; *Hamlet*, el padre, retiene la sangre que le brota de la herida con la majestuosa actitud de una barba en la escena; los personajes de último término recuerdan á los comparsas. Emoción verdadera no la hay, ni en las figuras del cuadro, ni en el artista, ni en el espectador; se halla sustituida en el modo de componer, por la imaginación atenta á lo convencional, y en el color, por la fogosidad mal reprimida. El asunto, para manifestarse plenamente, elige formas teatrales, y á veces los medios no corresponden al fin. Sólo en los *Amantes de Teruel* hallamos esa íntima conexión con el asunto en la severa tonalidad del fondo, triste y bien entendida; sólo en el cuadro de *Gerona* vemos ese sentimiento preciso de la realidad de la escena tal como debió ser, que conmueve directamente.

Junto á los cuadros históricos que atraen más particularmente la atención de todos, otros hay notables en esta sala principal: retratos de Caba, Cusachs y Clapés, paisajes de Urgell y Vayreda, hartamente conocidos; otro de Más y Fontdevila tan admirablemente pintado y sentido que es, á mi juicio, de las mejores obras de la Exposición actual; la *Odalisa* de Casado, de tal elegancia y riqueza, de tal perfume, si cabe hablar así, que no se diría del mismo autor de obras académicas, bien frías por cierto; un moro de Fabrés, fortuniano, otro paisaje de Baixeras en que la exactitud en la interpretación del natural sorprende y admira, y el notable cuadro de las flores de Tamburini: obras todas que ya conocidas en su mayor parte, junto á las más famosas premiadas en la Exposición nacional, presentan como en resumen todas las notas de color, todos los asuntos predilectos, todos los estilos de la pintura contemporánea entre nosotros.

Y, en efecto, algunas firmas se repiten en las salas siguientes, como las de Urgell, Baixeras, Llimona, Fabrés, Tamburini, Más, Rusiñol, Cusachs, los Masriera, con obras que no parecen tampoco nuevas. Sólo el primero presenta un paisaje, no sólo nuevo, sino que ofrece en algún fragmento aquella fuerza y espontaneidad de superior acierto en la visión del natural que tanto anhelan algunos. Otros nombres famosos se unen aquí á los anteriores: el de Domingo, al pie de un busto, magistral como suyo, el de Ribera, en sus deliciosos cuadros de costumbres parisienses, nota de elegancia refinada y de perfecto dibujo que resalta siempre como dechado extranjero en nuestras exposiciones; el de Galofre con el célebre cuadro de la *Oración*, del cual hablé en su día en estas mismas columnas. Una marina, á mi juicio notable, merece en esta tercera sala especial mención, sin que la preceda, que yo sepa, ni elogio alguno, ni siquiera el conocimiento del nombre de su autor. Tiéndense en la playa las jabonosas olas deslizándose después de haber perdido su furia; hierven, en segundo término, entre las desvencijadas costillas de un barco destruído, que descuella entre la espuma como el carcomido esqueleto de un animal antidiluviano, y se extiende en el fondo un cielo brumoso y frío que refleja su escasa luz sobre la luciente y húmeda arena. A despecho de cierta monotonía de color, tiene el lienzo trozos pintados con gran verdad, y una melancolía penetrante de quien siente con fuerza el hechizo singular de la naturaleza.

También como en las salas anteriores, dominan los grandes cuadros, en lugar visible, ya históricos, como *Inés de Castro*, con un color brillante y flamante, y su composición teatral y fúnebre, ó *La muerte de Lucano*, ya dramáticos, como otra escena del *Hamlet*, en que un personaje vestido de negro, se adelanta como el actor que medita-bundo y tétrico recita su papel á la vista de Ofelia embelesada y triste. Las dos *Tentaciones* de S. Antonio, que cité en mi artículo anterior, pretenden en vano atraer nuestras miradas, la una con alguna reminiscencia de la célebre composición de Morelli, la otra con el antipático é ingrato color ceniciento de rigor en los sayales y el amarillo cadavérico del busto del asceta. *Floralia*, otro premio de la pasada exposición nacional, nos trasporta á la clásica antigüedad de Roma, y á una de sus más poéticas ceremonias. Algunas doncellas deponen al pie del ídolo en ofrenda olorosas y frescas flores. Pero ni las doncellas se distinguen por su superior belleza, en la cual se siente la modelo, ni aquellas flores tienen la fragancia y frescura deseadas, ni en el asunto, aunque grato y bellissimo, hay

todo aquel fuego de exuberante alegría que podía comunicarle vida y movimiento.

En compañía de estos cuadros está el famoso *Latium* de Serra, donde la emoción y el pensamiento buscan su expresión en aquella elocuencia muda y patética del espectáculo natural y de las obras del hombre. El autor ha pretendido ofrecernos, como de un modo simbólico, la síntesis del concepto de un pueblo, en aquella pantanosa campiña romana que se pierde, como el mar, en un horizonte dorado al fuego, y sobre cuyo cielo luminoso y vivo, aun á la hora del crepúsculo, resaltan en roído y musgoso pedestal la loba romana, que se diría aullando en aquel pantano, y la imponente arcada de un acueducto, largo en el espacio como la constancia en el tiempo, y sólido, robusto, sin elegancia como el poderío naciente de aquellas razas primitivas. Esta composición está hermosamente concebida, y expresa bien, á mi entender, lo que el autor se propuso, pero la pintura, robusta en algún fragmento, no es la que corresponde á la concepción total, por hábil y primorosa en otros. ¿Quién diría que tal pensamiento hubiese de ser ejecutado con tintas de una brillantez y tersura cristalinas, con tonos y matices de una nitidez y una transparencia de cámara oscura? Así el conjunto sugiere la idea del artífice que aspira á agradar, no á conmover, y el cuadro, propio por su asunto del severo gabinete de un arqueólogo ó de un pensador, parece ahora destinado á un *boudoir* de una aficionada elegante, á quien poco importará el *Lacio* con su rudeza poética, pero anti-pática.

Otro cuadro he de mencionar; el de Guillén, el primero de su joven autor, si no estoy mal enterado, en el cual una concepción poderosamente dramática halló su forma y su expresión propias á través de inexperiencias en la factura excusables en gracia á lo extraordinario del intento. Sobre la playa de un mar agitado aún por la pasada borrasca, yace el cadáver de un marinero que pereció sin duda ahogado: junto á él, un carabinero le custodia; hombres y mujeres le contemplan sombríos. La silueta y la actitud del guardia tienen cierta imponente majestad y grandeza de líneas que revela un artista; el cadáver abotagado impresiona; sólo el grupo de la izquierda es de mucho inferior al resto.

Otro cuadro nuevo hallamos en las últimas salas, digno de ser nombrado aquí, figurando entre obras que, ya por conocidas ó por inferiores, ningún comentario sugieren. Me refiero á la *Comunión de los mártires*, de firme dibujo, sencilla pero bien entendida composición y acertada pintura, sobria y serena, que contrasta con el descuido hartamente común en modelar desnudos torsos de carnes violáceas ó terrosas.

Seguramente descuidamos en esta rápida reseña algunas otras obras no desprovistas de mérito, pero bastan las nombradas á mi juicio para formar concepto aproximado de la sección española en nuestra exposición. Por lo que respecta á los asuntos, hemos hallado, como siempre, escasísima novedad; en el género histórico y dramático, notamos un procedimiento que, por lo común, tiende á mover más con lo extraordinario y pomposo del hecho, convencionalmente admirado de antemano, que con una composición natural y dispuesta hábilmente ocultando sus dificultades, lejos de mostrar á la vista el esfuerzo; falta las más veces la congruencia entre la emoción que inspiró al artista y los medios empleados, que suelen ser los propios para lucir gran riqueza de colorido, á despecho de todo. En el paisaje existe mayor acierto y más sinceridad; en los cuadros de género, no abunda ni la nota elegante, ni la novedad, ni el ingenio. En todos los géneros, en fin, acaso como en todo el arte español, el talento natural priva sobre la educación sólida; el color exuberante, rico, fastuoso, llamativo, sobre el dibujo; la belleza de una concepción abortada, y más exterior que íntima é intensa, sobre el gusto refinado que por una suerte de selección desecha lugares comunes.

J. YXART

EXPOSICION UNIVERSAL DE BARCELONA

EN EL PALACIO DE LA INDUSTRIA

(Artículo primero)

I

Al penetrar en el vasto recinto donde la Industria universal exhibe sus multiplicados productos, una sensación de respeto profundo asalta el ánimo del visitante. Instintivamente lleva la mano al sombrero cual si traspasara los umbrales de un templo, y es porque el espíritu de Dios flota en aquellas inmensas galerías donde el hombre, mejor dicho la humanidad da cuenta del uso que ha hecho del soplo divino.

Allí es de ver á la naturaleza en todos sus estados, al trabajo en todas sus formas, millares de millares de años condensados en la última palabra del humano ingenio. Allí está la partícula de mineral que se esconde en las entrañas de la tierra y sus aplicaciones desde la campana que invita á la oración hasta el casco de metralla con que los hombres se destrozan en la guerra, desde el azadón con que el sufrido labrador remueve la superficie de los campos hasta la sortija que la mujer hermosa lleva en su dedo y la diadema que los príncipes ostentan en su

frente. Allí está el gusano realizando su metamorfosis y la aplicación de la seda á los tejidos y á los bordados sin competencia del Celeste Imperio. Allí está la piedra convertida en cristal y en porcelana, el textil cosechado en las regiones del Mississippi y el Nilo transformado en telas de brillantes colores. En una palabra, allí están los artículos que nos alimentan, las prendas que nos visten, los objetos que recrean nuestros sentidos y los elementos todos con que perfeccionamos nuestra cultura y nos elevamos gradualmente á nuestro superior origen. ¿Qué extraño es, por lo tanto, que penetremos con respeto y con asombro en ese santuario donde se han elevado tantos altares á nuestra propia obra? ¿Qué extraño si una sonrisa de satisfacción y orgullo asoma en nuestros labios al considerar lo que valemos en presencia de lo que producimos?

Y en vista de ello, séanos lícito preguntar: á ese genio tutelar de los pueblos que se llama el Trabajo ¿se le ha erigido en Barcelona un templo digno de su importancia? Creemos poder contestar afirmativamente: el *Palacio de la Industria* en nuestra Exposición Universal es bien pensado como planta y ejecutado cuan bien podía serlo dada la premura del tiempo y la deficiencia relativa de los elementos económicos puestos á disposición de su constructor. Quizás pueda calificarse de monótono su conjunto, quizás en el problema de su trazado se ha atendido con más esmero á su uso que á su aspecto, quizás resulta ser más grande que grandioso, quizás ni su exterior ni su interior contengan sección ó punto alguno que impongan por su elegancia, por su riqueza ó por su atrevimiento... Todo esto podrá ser cierto; pero no lo es menos que el sitio es vasto, la distribución bien ordenada, las luces convenientes y la decoración, aunque sencilla, apropiada.

Al extremo de un *parterre* en pendiente se alza el *Palacio de la Industria*, cuyas galerías le dan forma de verdadero abanico, sistema adoptado como el más común y á propósito en semejantes casos. La inmensa fachada, cuya igualdad de alturas interrumpen muy á propósito cuatro elevadas torres introducidas últimamente en el proyecto, tiene, como es justo, un cuerpo central que rompe la monotonía del edificio. En esta construcción se echa de ver que el arquitecto director de la obra, que proyectó y construyó asimismo la de nuestra Universidad, debe estar encariñado con el género que desarrolló en esta última, pues no puede mirarse el cuerpo central de la una sin que se ocurra el cuerpo central de la otra. A nuestro pobre entender el de la Exposición tiene poco carácter: aisladamente considerado no revela el objeto excepcional á que está destinado el edificio de que forma parte; no pertenece á ninguno de esos géneros que durante más ó menos tiempo imperaron universalmente en arquitectura; ni siquiera puede decirse que pertenezca á una escuela; es una construcción tan muda, tan fría como los materiales de que se compone. Compárese este cuerpo central con su análogo de las Exposiciones Universales hasta ahora realizadas, compárese con la proyectada para realizarse el año próximo en París, y se verá con cuánto fundamento nos permitimos hacer esas observaciones. Y si realmente esa sobriedad excesiva, por no llamarla pobreza transparente, constituye un defecto, conste que no por él dirigimos un cargo al ilustre director general de las obras de la Exposición: los hombres, por mucho que valgan, y aquel arquitecto vale mucho, no pueden hacer milagros. Sin embargo un semi-milagro ha obrado al Sr. Rogent en el desempeño del arduo encargo que se le hizo fuera de tiempo y dándole pies forzados que sujetaron su vuelo al ras de la tierra.

No deja de contribuir, asimismo, á la falta de impresión que causa el *Palacio de la Industria*, á pesar de sus vastas proporciones, la circunstancia de no poderse contemplar en conjunto á conveniente distancia. El empeño de conservar buena parte de los antiguos cuarteles y edificios de la ex-ciudadela, empeño que ni el arte ni la historia justifican á nuestro ver, y los permisos concedidos para instalar varios kioscos y barracones en sitios sobradamente próximos al *Palacio*, quitan á éste perspectiva y le aprisionan en un espacio demasiado estrecho para su gran capacidad. Si pudiera abarcarse á conveniente distancia, si estuviera enfilado por una grande avenida, como la de San Juan por ejemplo, es indudable que causaría una impresión superior á la que produce actualmente.

Y pues, si bien á la ligera, nos hemos hecho cargo del edificio, penetremos en sus anchas naves y examinemos la verdadera Exposición.

II

GALERÍA NÚM. I

La República Oriental del Uruguay

Cuando en el primer cuarto del presente siglo se profirió en la América española el grito de independencia que tal vez provocó la metrópoli con su desacertada conducta en aquellas regiones, no fué la peor desdicha que se desprendieran valiosas joyas de la corona de Castilla,



LA TOCADORA DE GUITARRA, dibujo de Contell

sino que se creara entre españoles y americanos cierto antagonismo, hijo natural de las circunstancias extraordinarias en que los hechos consumados colocaron á uno y otro pueblo.

Mas, al fin y al cabo, la sangre hizo su oficio, como suele decirse, y ha sucedido después lo que casi siempre ocurre entre individuos de una misma familia que accidentalmente rompen sus amistades. La ley del tiempo, el mutuo interés, la intervención de amigos honrados y, más que todo, el cariño ingénito que, si puede entibiarse, raras veces se extingue, han hecho olvidar respectivos agravios; y hoy por hoy España considera á las Repúblicas americanas donde se habla su idioma como á otros tantos hijos mayores de edad que dan buena cuenta de su emancipación. Y á su vez esas Repúblicas, después de aleccionadas en la terrible experiencia de sus convulsiones intestinas, trabajan con decidido empeño en la rehabilitación de sus fuerzas naturales, y lejos de odiar á España piensan en ella como el hijo ausente, siquiera nadando en la abundancia, recuerda aquel rincón del mundo en que existe la casa solariega de su familia y el sepulcro bendito de sus antepasados.

Buena prueba de ello ha dado la República Oriental del Uruguay con motivo de la Exposición Universal de Barcelona. Invitada, como todas sus hermanas, á tomar parte en nuestro gran certamen, no midió, cual otras, las dificultades que la oponían su gran distancia y la premura del tiempo; siendo fama que cuando el representante diplomático de España dirigió al presidente del Estado la invitación oficial, contestó aquel ilustre ciudadano:

— Haremos lo que se pueda; expondremos cuando menos un muestrario.

Y lo ha presentado, con efecto, pero en tales condiciones que fuera harta modestia en los uruguayos continuar llamando muestrario á su instalación.

Los productos de esta República se hallan expuestos dentro de un vasto salón de estilo griego, decorado con riqueza y elegancia, en cuyo friso se leen los nombres de los diez y nueve departamentos que constituyen el Estado. Como todos los pueblos cuya autonomía es relativamente moderna, el Uruguay no es eminentemente industrial en el sentido que los europeos damos á esta palabra: la actividad de sus hijos se ha dirigido con preferencia á beneficiar los productos naturales de su suelo, que son ricos y en su mayor parte aplicables al comercio en grande escala. Poseedores de vastos terrenos vírgenes, húmedos, y del todo á propósito así para las faenas agrícolas como para la cría de ganados que puede decirse se multiplican sin cuidado ajeno, es natural que la mayor suma de los productos que exponen den muestra de la riqueza especial de la República. Granos, frutos, caldos, maderas y curtidos llaman principal y poderosamente la atención en sus instalaciones, siendo más notables las de la *Asociación Rural* que expone desde las pieles á las cuales van pegados todavía los vellones de las reses, hasta los cueros más finos y tintos en diversos y bien impregnados colores, evidenciando cuán adelantada se halla la tenería en el Uruguay.

Los caldos, por su aspecto, demuestran estar elaborados con esmero y su color y transparencia nada dejan que desear. Según el catálogo parcial de los expositores uruguayos hay propiedad vitícola en ese país que tiene plan-

tadas centenares de miles cepas: si este cultivo progresa, puede llegar un día en que haga poderosa competencia á los vinos que Europa exporta á aquellas regiones americanas. No menos notables son las muestras de tasajo y carne preparada y líquida que ha expuesto el Uruguay, artículos destinados á un comercio muy activo con Europa cuando se vaya extendiendo su conocimiento y se demuestren sus condiciones higiénicas, al par que la economía de esta alimentación. El tasajo es el bacalao de carne: con esto está dicho todo.

En el centro de la instalación uruguaya es de ver un majestuoso templete con dosel que cubre el retrato del actual presidente, general D. Máximo Tajes. Es joven aún, de aspecto simpático y mirada ardiente sin provocación. El general está llamado á dar días de gloria á su país, cumplimentando aquella frase que se lee en el friso del templete y que constituye el mejor programa de gobierno:—«A trabajar en paz por los intereses de la patria...»

Y en paz trabaja la República y merced á ella puede atender con preferencia á la instrucción popular, de la cual da prueba exponiendo material de enseñanza bien pensado y finamente ejecutado, siendo notables unos bancos que sirven como tales y como mesas, plegándose y reduciéndose su tamaño con suma facilidad. No menos dignos de estudio son los volúmenes en que el Dr. Arechavaleta ha coleccionado magistralmente la flora del país.

La República Oriental del Uruguay ha entrado en la buena senda. No la pesará por cierto de haber acudido al llamamiento de Barcelona: cuanto más se la conozca, más será considerada.

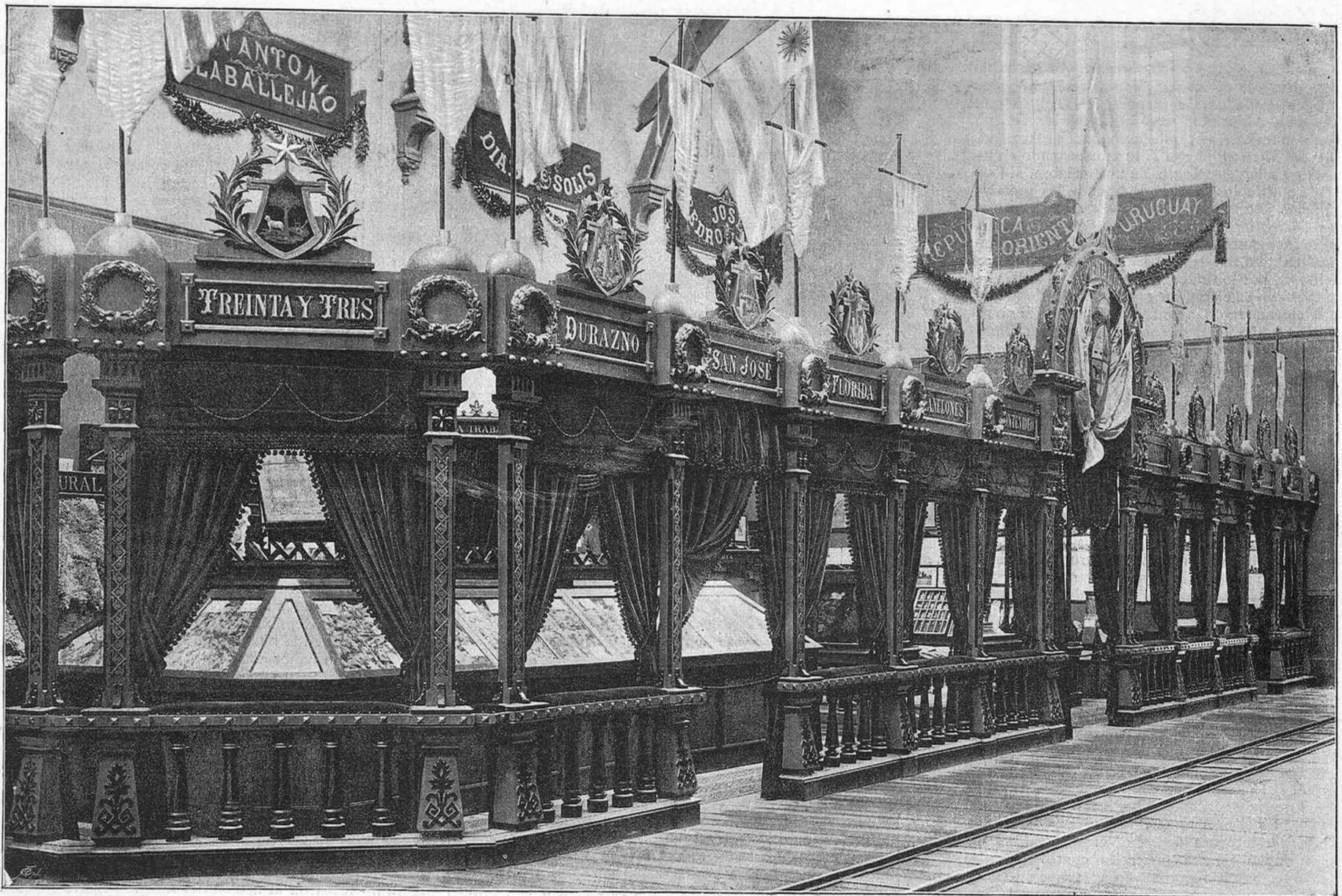
III

EL JAPÓN

De la nación japonesa puede decirse que es una nación que no se descuida. Apenas rompió con las antiguas preocupaciones que la tenían alejada del comercio del mundo, demostró prontamente hasta qué punto comprendía las ventajas del cambio. Dejando al imperio chino su fanatismo peculiar y su *muralla* que ya no resistiría la acción del más inofensivo de los cañones modernos, y aprovechando el retraimiento político-religioso del Celeste Imperio, el Japón ha utilizado en grande escala, antes que China, cuantas ocasiones se le han venido á mano para explotar sus productos, que con ser quizás menos perfectos que los de aquella, les han aventajado mercantilmente. Ya en la última Exposición de París hizo el Japón alarde de sus especialidades industriales, y como su adelanto era muy notable en algunos artículos que reunían la condición de la novedad, hicieron sus fabricantes un verdadero negocio redondo bajo todos conceptos. En aquel gran certamen á buen seguro que el Japón fué el país que comparativamente vendió mayor suma de productos expuestos, éxito que es muy posible se repita en la Exposición barcelonesa, á la cual acudió uno de los primeros, hasta tal punto que á medida que iba desembalando sus géneros y mucho antes de que el certamen se hubiera inaugurado, ya tenía vendidos buena porción de los artículos que se proponía exhibir. Premio merecido de un pueblo que si viene tarde á las manifestaciones del progreso, da muestras evidentes de querer recobrar el tiempo perdido en disquisiciones que le excluían del concierto universal.

Varios son los productos japoneses que pueden apreciarse en el *Palacio de la Industria* y por ellos se viene en conocimiento de la pluralidad de sus artefactos; pero allí donde el genio industrial de Europa ha obtenido de la máquina lo que aquellos pueblos del extremo Oriente exigen de la humana fuerza material ó de primitivos instrumentos auxiliares, no era de esperar ni es racionalmente posible que los artefactos del Japón pudieran parangonarse, bajo el punto de vista práctico, con los artefactos de los probados fabricantes europeos. Por el contrario, en aquel orden de artículos en que la paciencia, la destreza y hasta cierto buen gusto original constituyen las circunstancias salientes y apreciables del objeto de comercio, puede el Japón competir y compite hasta ventajosamente con pueblos mucho más adelantados en el camino de la civilización.

Esto explica la singular preferencia con que el público se detiene á contemplar sus instalaciones de objetos de loza, cristal, bronce y madera. En este género es verdaderamente asombrosa la inventiva japonesa. Desde el jarrón que pudiéramos llamar monumental hasta el más diminuto frasco para contener algunas gotas de esencia, la escala industrial del Mikado es interminable y siempre de elaboración perfecta. Ya en su materia, ya en su forma, ya en sus adornos, ya en sus aplicaciones, la variedad es imponderable y la elegancia sorprendente. Esta última circunstancia es tanto más de apreciar en cuanto la mayor parte de sus dibujos son simples combinaciones de líneas sin modelo ó precedente en la naturaleza, lo cual no impide que su feliz combinación dé por resultado un efecto completo de dibujo y de color. En este último sentido, el del color, como en el del dorado, maqueado y esmalte, bien puede decirse que el Japón ha elevado el arte á su mayor altura moderna. Francia, cuya fábrica nacional de Sevres no tiene rival en Europa, no va más allá en estas



PALACIO DE LA INDUSTRIA. - EXTERIOR DE LA SECCION DEL URUGUAY



INTERIOR DE LA SECCION DEL URUGUAY (De fotografía de los Sres. Audouard y C.ª, concesionarios exclusivos)



VENDEDOR DE LECHE EN CORNWALLIS, dibujo de María Stokes

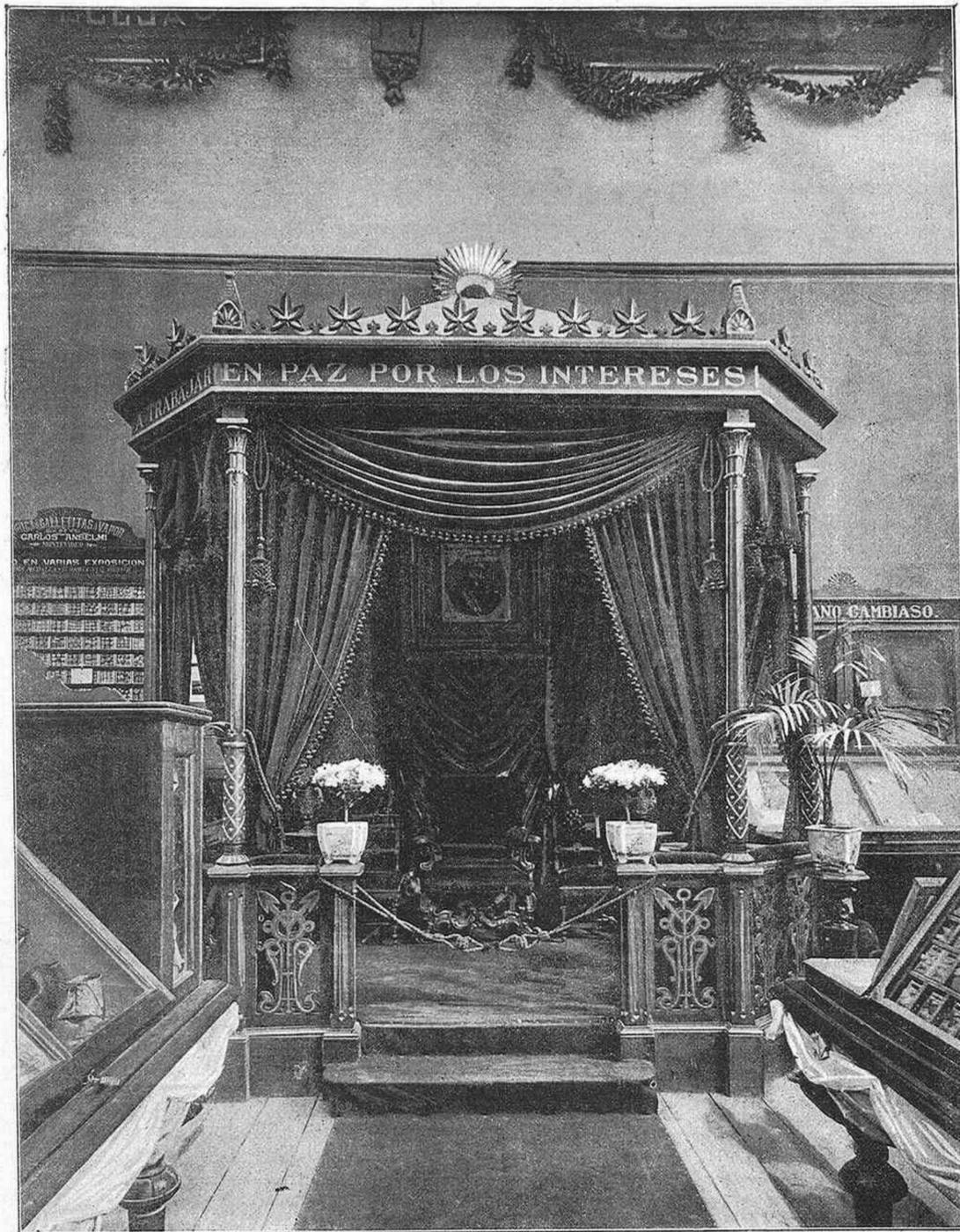
condiciones de sus manufacturas.

Cuando el artista japonés imita á la naturaleza descubre algo primitivo, infantil, que recuerda los perfiles del antiguo Egipto. Como los dibujantes de los monolitos faraónicos, desconoce por completo ó apenas conoce los recursos de las sombras; pero siente los objetos que se propone reproducir y parece como que exija al vigor de sus líneas y á su espontaneidad manifiesta que suplan la deficiencia de aquellos y otros recursos artísticos.

El Japón no desconoce la escultura aplicada á la forma humana. A ese arte apela cuando quiere representar á sus dioses y á sus héroes; de los cuales ha producido ejemplares en la Exposición. Pero bien sea que las creencias religiosas obliguen á sus artistas á prescindir de la verdad, bien sea que su manera de sentir la belleza y la grandeza dé por resultado un concepto totalmente contrario del que inspira á los artistas occidentales, de raza tan distinta de la de aquéllos; lo cierto es que la escultura humana japonesa tiene á nuestros ojos las condiciones de una verdadera caricatura. Ello, empero, es notable su ejecución, prescindiendo de nuestro general concepto de la estética.

El grabado que reproducimos en el presente número da una idea de lo que estamos diciendo. Quien quiera comprobar la exactitud de nuestras observaciones, compare simplemente esta instalación con sus similares francesas, belgas ó húngaras y quedará hecha la prueba. El Japón se ha puesto en relaciones con Europa: el día en que sus artistas y obreros hayan aprendido en ella los secretos de la industria que hasta hace poco les eran completamente desconocidos, la vieja maestra tendrá en aquel país un competidor harto temible.

(Continuará)



PABELLÓN DE HONOR EN LA INSTALACIÓN DE LA REPÚBLICA DEL URUGUAY

(De fotografía de los Sres. Audouard y C.º, concesionarios exclusivos)

LA VERDAD Y LA MENTIRA

POR DON CARLOS COELLO

(Continuación)

EL DUQUE

¡En qué tono me lo decís! ¡Cuán poco me amáis!

CONSTANZA

Algo os debo amar cuando en este instante no os aborrezco.

EL DUQUE (con pasión)

¡Constanza mía!

CONSTANZA

Permitidme que parta.

EL DUQUE

¿Cuándo os apiadáis de mí?

CONSTANZA

¿Os parece que estoy poco apiadada aún? — Dejadme ahora.

EL DUQUE

¿Eso quiere decir que vamos á vernos después?

CONSTANZA

No.

EL DUQUE

Entonces, no esperéis soltaros de mi brazo.

CONSTANZA

Nos verán. — Ya nos están viendo... Mirad la gente que llega...

EL DUQUE

Entonces nada podemos hacer tan imprudente como separarnos.

ESCENA III

Los cortesanos salen del bosquecillo y Petruccio rodeado de guardias, algunos de los cuales traen linternas, avanza por el fondo hacia el centro de los jardines.

BLANCA

Veo con gusto, Julieta, que hay más, pero mucho más amor en el Duque que en vuestra amiga... y, ó no sois de mi opinión, ó el descubrimiento os agrada bien poco.

RAMBALDO (aparte á Julieta)

No le hagáis caso. Quiere turbar nuestra felicidad, pero ya veréis cómo no lo consigue.

EL DUQUE

(avanzando hacia los cortesanos y llevando del brazo á Constanza)

¿Qué es esto, amigos míos, qué es esto?

CORTESANO 2.º

Petruccio, juzgado ya por el tribunal, vuelve á su prisión...

EL DUQUE

A fe que siento encontrarme con él.

JULIETA (sin poder contenerse y á media voz)

¡No suelta su brazo!

BLANCA

¡Pobre mujer!

JULIETA

¿Eh?...

BLANCA

Me refería á ella, no á vos.

RAMBALDO

En efecto, ¡pobre mujer!

JULIETA (pasando al lado de Constanza)

Constanza, ¿es posible que te olvides hasta este punto de...!

(En este momento pasa Petruccio y los que le rodean cerca del Duque. El bufón le ve y separándose de los que le custodian, corre á echarse á sus pies.)

EL DUQUE

Cálmate y explícame cómo ha sido eso.

PETRUCCIO

El tribunal comprendió sin duda que sacar á Petruccio de Ferrara y apartarle del Duque equivalía á matarlo, y me sentenció á muerte en obsequio de la brevedad.

EL DUQUE

Y vamos á ver, ¿tú te sientes con deseos de morir?

PETRUCCIO

Señor, si he de ser franco, no experimento por ahora el menor deseo de pasar á mejor vida.

EL DUQUE

Sigue siéndome franco. Desterrado de Ferrara ¿no podrías realmente vivir?

PETRUCCIO

Señor, realmente creo que me moriría de tristeza; pero si Vuestra Alteza desea que viva, viviré sólo por darle gusto.

(Murmillos entre los cortesanos que hacen diferentes juicios sobre la sentencia que el tribunal ha dictado contra el bufón. La generalidad le compadece.)

CORTESANO 2.º

A mí me da lástima Petruccio.

BLANCA

Su castigo no guarda proporción con su culpa.

EL DUQUE

Pide perdón á la dignísima mujer cuya honra has estado á punto de mancillar con tu envenenada lengua, y si ella te perdona, ahora mismo puedes marcharte de Ferrara.

PETRUCCIO

¡Señor! ¡Tenga Vuestra Alteza piedad de mí!

EL DUQUE (con frialdad)

¿A qué te han sentenciado tus jueces?

PETRUCCIO

(Me habla: estoy salvado.) Señor, las opiniones estuvieron muy divididas en un principio. El tribunal, compuesto todo de personas respetabilísimas por su edad, por sus servicios y por sus virtudes; de personas que jamás han hablado mal de persona nacida — si se me exceptúa á mí, de quien han dicho pestes — comenzó por formular dos opiniones. La primera fué que Vuestra Alteza debía desterrarme para siempre de sus dominios. Esto era espantoso...

EL DUQUE

Espantoso para tí.

PETRUCCIO

Para mí y para Vuestra Alteza y para la corte toda que no sabría vivir sin Petruccio. Petruccio es la alegría de Ferrara. Aun en este momento mi presencia basta para llenar de alegría tanto y tanto semblante, porque no hay ni pue- de haber nada más cómico que las lágrimas de un bufón.

EL DUQUE

(¡Pobre diablo!)

PETRUCCIO

Y si esto es hoy, juzgad el regocijo que sentirá mañana la villa entera cuando vea ahorcar á quien hasta anoche se creyó el más feliz de vuestros servidores.

EL DUQUE

¿De veras te ahorcan mañana, Petruccio?

PETRUCCIO

¡Señor, mucho me temo que sea de veras!

PETRUCCIO

¡Marcharme de Ferrara! ¿Y dónde iré, señor?

EL DUQUE

Donde no te conozcan: allí haras fortuna.

PETRUCCIO

La perderé en seguida, señor, porque yo soy un majadero de los que tardan poco en darse á conocer.

(Todos los circunstantes se ríen, incluso el Duque)

EL DUQUE

Esa es verdad innegable.

PETRUCCIO

Señora Constanza, tened piedad de mí... Rogad á Su Alteza que me absuelva por completo, que me conserve á su lado, y Petruccio que empleó un minuto en ofenderos dedicará á vuestra defensa los días que le queden de vida.

CONSTANZA

Yo tengo poca influencia con el Duque, pero con la poca que tengo le ruego que os complazca.

EL DUQUE

Petruccio, estás perdonado.

PETRUCCIO

¡Perdonado! ¡Ah señora! ¡Ah señor! ¡Qué alegría para Ferrara! ¡Gracias en nombre de ella! - Ordene Vuestra Alteza que se retiren esos pajarracos (*por la gente de justicia*). Despíden una peste á cañamo capaz de poner mala la garganta á cualquiera. (*Los guardias se retiran.*)

EL DUQUE

Te perdono, pero te impongo una condición. No por hablar mal sino por haber mentido has estado á dos dedos de la horca, si no quieres ir á ella sin remisión, es menester que de hoy en adelante tus gracias estén basadas siempre en la verdad más estricta y severa. Sobre todo lo que firmemente te conste, yo otorgo desde ahora pleno dominio á tu lengua y las afirmaciones más graves te serán perdonadas apenas pruebes su exactitud; pero la burla más ligera que moleste á alguien y que esté basada en un hecho falso ó que tú seas incapaz de probar, te extenderá un palmo la lengua que no te hayas sabido morder. Con que ya estás avisado. - Hasta después en el baile, señores. (*Se va el Duque y tras él, poco á poco, todos los cortesanos.*)

JULIETA

Pero ¿tú te das cuenta de la gravedad de lo que has hecho hoy, Constanza? Estás loca, sin duda.

CONSTANZA

Y ¿por qué he de negártelo á tí? ¡Estoy loca... pero loca de amor!

RAMBALDO

El brazo, señora Julieta.

JULIETA

Ofrecédselo á Petruccio que no se puede mover después de tantas emociones.

PETRUCCIO

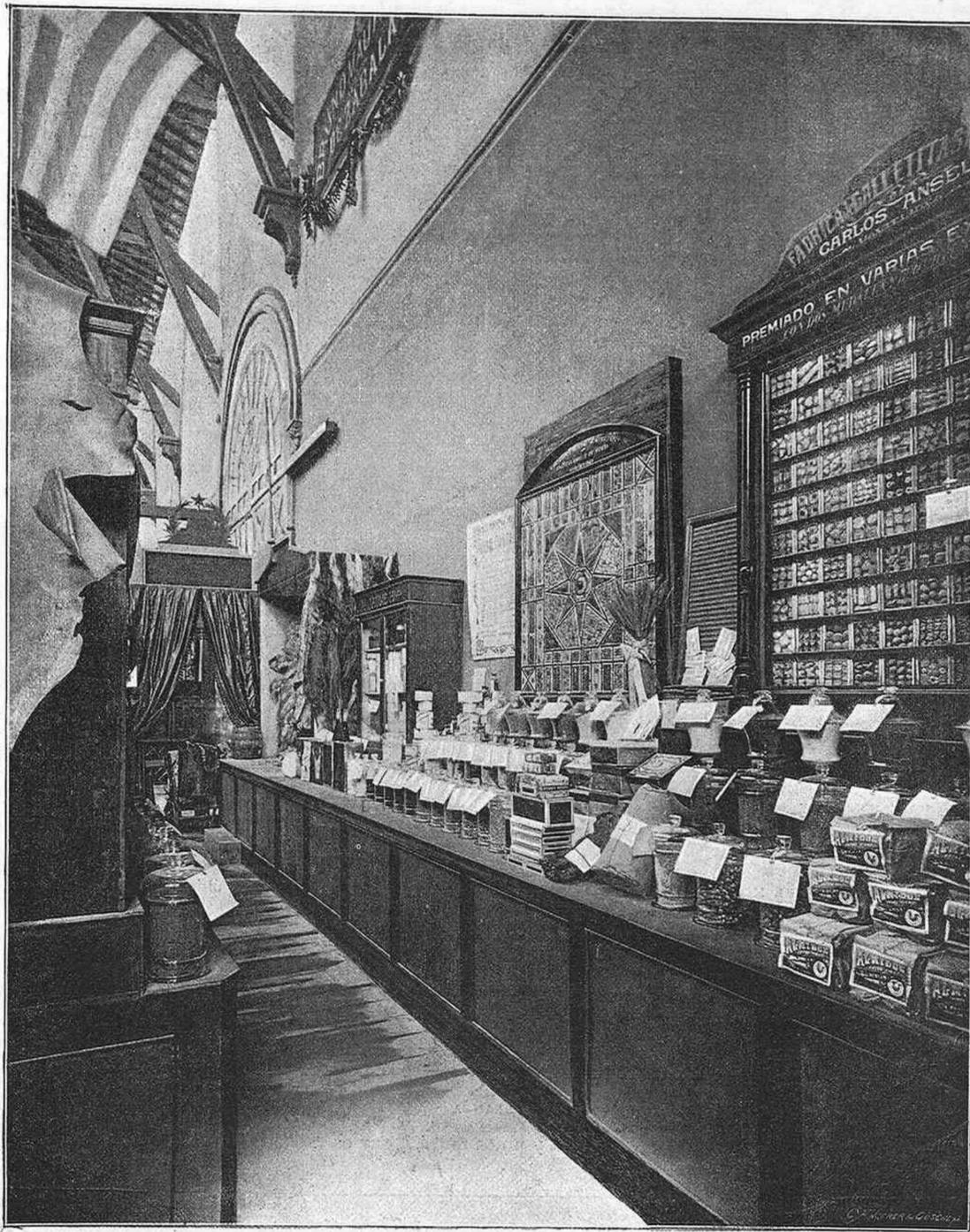
¡Decir la verdad en palacio y á todo el mundo! Esto es muy grave... Pero que me ahorquen por mentir ó por ocultar la verdad... Esto es más grave todavía!

ESCENA IV

Salón de palacio iluminado espléndidamente. - Rambaldo vestido de guerrero de la Edad media, recostado en un diván, y Blanca que entra por el fondo en traje de amazona. Esta trae antifaz; aquél tiene alzada la visera del casco.

BLANCA

Sí, aquí está. (*Avanzando y disimulando la voz*) ¿Qué hace aquí tan solitario el más temible seductor de la cor-



INTERIOR DE LA SECCIÓN DEL URUGUAY

(De fotografía de los Sres. Audouard y C.^{as}, concesionarios exclusivos)

te? ¿Por qué tiene esa cara tan larga y tan tristonza? ¿Se ha cansado ya de su última conquista?

RAMBALDO (poniéndose de pie)

¿Puede saberse cuál es mi última conquista?

BLANCA

¡Santo Dios! ¡Él mismo ignora el número de las víctimas que hace!

RAMBALDO

(Esta es Julieta, no me cabe duda.)

BLANCA

Orgullosa y preocupada con vuestra reciente victoria, supongo que habréis levantado el sitio de la fortaleza en cuya posesión tanto empeño habíais puesto.

RAMBALDO

¿Os referís á Blanca?

BLANCA

A la hermosa Blanca me refiero.

RAMBALDO

¡Y á eso llamáis fortaleza, señora! ¡Bah! Será fortaleza desmantelada á lo sumo, y si yo establecí frente á ella mis tropas, fué única y exclusivamente obedeciendo á un plan estratégico tan usado en las luchas de Marte como en las de Cupido.

BLANCA

¿El plan de perder el tiempo?

RAMBALDO

Vuestra irritación me dice que no lo he perdido. Finjís muy mal la voz y vuestro cuerpo y vuestro aire no pueden confundirse con otro alguno, Julieta incomparable. Desechad esos injustos celos: comprended que Julieta es reina absoluta en el corazón de Rambaldo, y en cuanto á Blanca, creedme, no os ocupéis de esa mujer: le

atribuís una importancia de que carece.

BLANCA (aparte)

(¿Le arranco los ojos? No: lo que hay que hacer es que los dos se los arranquen mutuamente.)

RAMBALDO

¿Vaciláis todavía?

BLANCA

No: dadme el brazo y venid conmigo. (*Se retiran.*)

ESCENA V

Julieta en traje de odalisca sale por un lado haciéndose aire con el antifaz. Por el opuesto, aparece Petruccio, momentos después, seguido de damas y cortesanos.

JULIETA

Las cosas han ido más lejos de donde yo quería y pensaba que pudieran ir. ¿Qué me obligó á creer con tanta firmeza en la virtud de Constanza y en el supremo buen gusto del Duque?... ¿Qué hay en esa mujer?... ¡Ah! No estoy sola. (*Se pone el antifaz.*)

CORTESANO I.º

Pues no os queda otro remedio que ateneros á lo mandado por el Duque.

DAMA I.ª

¿Aun no habéis escarmetado de mentir?

PETRUCCIO

¡Decir la verdad! ¡Decir la verdad siempre y á propósito de todo!

CORTESANO I.º

¿Qué peligro veis en ello cuando es el Duque quien os lo manda?

PETRUCCIO

¡Es una cosa tan nueva en el mundo! - En fin probaremos.

ESCENA VI

El Duque rodeado de nuevos cortesanos y dignatarios de palacio; entre ellos, Blanca y Rambaldo.

EL DUQUE

La Duquesa se ha retirado á sus habitaciones. Su carácter melancólico aborrece lo que para el nuestro es tan divertido, y á mí no me gusta contrariarla. (*Viendo al bufón*) ¡Hola, Petruccio! ¿estabas ahí? Parece que esta noche huyes de tu señor.

PETRUCCIO

Mande Vuestra Alteza.

EL DUQUE

Háblame con verdad... con entera verdad... porque el disimular la verdad suele traer gravísimos contratiempos. ¿Cómo encuentras la mascarada de esta noche?

PETRUCCIO

Señor, la encuentro aburridísima.

EL DUQUE

Severo es el juicio. ¿Inferior á la de ayer?

PETRUCCIO

¡Oh!... No hay punto de comparación.

EL DUQUE

¿Y sabes que así como tú preparaste la fiesta de ayer, yo he preparado la de hoy en sus menores detalles?

PETRUCCIO

Lo ignoraba, señor; pero todo esto está preparado con tan poco arte, que más parece cosa mía que cosa vuestra. (*Murmullos entre los cortesanos.*)

EL DUQUE (riéndose)

Tranquilízate, Petruccio. Ni tú ni yo somos los autores de la que con tanta razón censuras. El Sr. Zambelli (*señalando al cortesano I.º*) es quien únicamente ha puesto mano aquí.

PETRUCCIO

Reciba el más sincero cordial de mis pesames.

CORTESANO I.º

¿Vuestra Alteza consiente que un bufón miserable...

EL DUQUE

Hasta ahora no se ha apartado en nada de la verdad. Ya que te veo con tan buenas disposiciones quisiera oír tu opinión franca y leal sobre los disfraces que hemos adoptado. Dí la verdad, dí la verdad: ¿son mejores ó peores que el baile?

PETRUCCIO

Mejores, no son; peores, no pueden ser.

EL DUQUE

Comienza por el mío y sigue por todos los demás.

PETRUCCIO

El Duque de Ferrara vestido de pescador napolitano me produce malísimo efecto. Si el traje os estuviera bien, la majestad padecería no poco al probar que cabía holgadamente bajo disfraz tan ruin.

EL DUQUE

Luego ¿me está mal?

PETRUCCIO

Malditísimamente.

CORTESANO I.º

¡Qué insolencia!

DAMA I.ª

Ha encontrado modo de decirle la verdad sin ofenderle.

EL DUQUE

Prosigue, Petruccio, que hasta ahora va bien. ¿Qué me dices de esa dama gallardamente vestida de odalisca? ¿Qué me dices de esa amazona cuya soberbia apostura tiene tan rendido al señor Rambaldo? Háblanos de Rambaldo también.

PETRUCCIO

El señor Rambaldo, vestido de guerrero de la Edad



EL MONUMENTO A MARÍA TERESA, inaugurado en Viena el 13 de mayo último

media, está disfrazado á las mil maravillas. ¡Eso sí que es un disfraz! Yo apostaría algo bueno si lo tuviera, á que ni él mismo se conoce. *(Todos se rien.)*

RAMBALDO, aparte á Blanca

¿Os parece, Julieta, que esto puede sufrirse en paz?

BLANCA

Perdonadle la vida y no os mováis, que os vais á caer.

RAMBALDO

Juraría que la infame Blanca le ha encargado que me mortifique en presencia vuestra.

BLANCA

Posible es que sea así, ó que él haya adivinado los pensamientos de una mujer que seguramente no os quiere bien.

PETRUCCIO (que se ha acercado á Julieta y ha estudiado con suma atención su traje y su apostura).

Este traje se habrá cortado en Ferrara, pero esta tela se ha tejido en Esmirna cuando menos. De todos modos, el traje es de gusto exquisito y quien lo lleva lo sabe llevar... ¡Lástima que sea un poquito cargada de espaldas!...

(Julieta hace un movimiento desleñoso, y después de erguirse con bizarro ademán, atraviesa el salón de un lado á otro, marchando con desembarazo y gentileza.)

EL DUQUE

En eso no has dicho verdad, Petruccio.

PETRUCCIO

Pero fué por error y no por deliberado propósito de mentir. Rectifico gustoso y declaro que cuerpo como ese es digno de perder un alma.

EL DUQUE (para sí)

(¿Será Constanza?)

BLANCA (á Rambaldo)

¿Quién será esa mujer?

RAMBALDO

Hace rato que procuro reconocerla y...

BLANCA

¿Será Blanca?

RAMBALDO

¿Qué Blanca?

BLANCA

¿Qué Blanca ha de ser? La que os ha traído loco todo este invierno, aunque ahora me lo

queráis negar.

RAMBALDO

Ni por asomo. Nada hay de común entre la figura de las dos. Hay en esta una majestad y una gallardía que no pueden confundirse ni por un instante con lo único que ya le queda á la otra: un poco de gracia... triste y una desventura que se despega de su edad. No diríais eso si hubieseis estado tanto tiempo cerca de ella como yo.

(Continuará)



LA VANGUARDIA, cuadro de Dall' Occa

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria.
BARCELONA. - IMP. DE MONTANER Y SIMÓN